

Verónica Butler

HIJOS DE CAÍN
El despertar del Fénix



Ediciones Corona Borealis

ÍNDICE

Capítulo I	
El comienzo	11
Capítulo II	
El guerrero	25
Capítulo III	
La magia de Caín	33
Capítulo IV	
El cazador	43
Capítulo V	
El jesuita	57
Capítulo VI	
Un encuentro fortuito	71
Capítulo VII	
La búsqueda	89
Capítulo VIII	
La fiesta del solsticio	103
Capítulo IX	
El ánfora sagrada	113

Capítulo I

EL COMIENZO

Madrid. Verano de 1997.

El llanto de un niño resonó en la casa de estilo castellano, interrumpiendo el trabajo del hombre que corría por el blanco pasillo en dirección a la habitación infantil, adornada con osos azules en la pared.

Llevándolo entre sus brazos, lo acunó con ternura, susurrándole una nana:

—La luna juega entre las nubes
y las estrellas,
soplan la brisa,
para que duermas...

El bebé clavó sus enormes ojos oscuros en el rostro de su padre, riendo al alcanzar un mechón de sus cabellos castaños. Su cabecita, apenas cubierta por pelusas rubias, tenía rechonchas mejillas que le daban un aire travieso. La boca de labios finos y la nariz chata hacían las delicias del hombre, que se lo comía a besos.

—Jorge, tesoro, estoy aquí —le tranquilizó, henchido de orgullo mientras acariciaba suavemente su carita.

El semblante de Miguel Aguirre se iluminó de felicidad ante la alegría del pequeño, que escuchaba atento la melodía infantil del carillón musical con peluches de ositos colocado sobre su cuna.

Por fin se tomaba un par de semanas de vacaciones para disfrutar de su bebé. Llevaba tres meses perdido en la investigación policial de varios asesinatos que sólo podían ser obra de un sádico.

Desde el barrio de Malasaña hasta Chueca, habían contabilizado diez cadáveres de chicos y chicas jóvenes. Miguel se devanaba los sesos con las pruebas de ADN recogidas por sus compañeros de la sección científica, a la que él mismo pertenecía, en las cuales no se detectaban huellas humanas, como si los autores fueran auténticos fantasmas.

Las víctimas aparecían desangradas al límite, con desgarros en las muñecas y el cuello. Si creyera en leyendas, juraría que eran ataques de... «¡Vampiros en Madrid!», pensó divertido, desechando tal memez.

Acostando al bebé dormido en la cuna, volvió a su habitación.

Extremadamente cómoda, de madera color miel, disponía en el lecho de un frontal tallado en forma de cadeneta, bajo un cuadro de *La Venus del espejo* colgado en la pared; de un par de mesillas de doble cajón y del armario blanco de tres puertas que su esposa había pintado con hojas de parra, el mismo dibujo de los visillos de las ventanas.

Sentado en la cama, entre el montón de papeles, se concentró en ordenar las copias de sus archivos privados del departamento de la Policía Científica, las cuales había escaneado en el ordenador. Pero necesitaba un respiro después de la tragedia que se había abalanzado sobre su vida cinco meses atrás. A veces, le parecía estar soñando que Mirella entraba en su dormitorio para darle un abrazo y un dulce beso en los labios. Aún recordaba el delicioso aroma del perfume de rosas que usaba, embriagando todo el salón a su paso antes de salir esa tarde de mediados de enero. Media hora después, le llamaba al móvil, comprobando así que Jorge había cenado el biberón, y él le regañó para que se tomara la tarde libre del cuidado de su hijo. Fue la última vez que escuchó su cálida voz...

Esa noche, uno de sus camaradas del Cuerpo se presentó en su casa con la noticia más amarga que había recibido en su vida: su esposa había sido herida con una puñalada mortal cuando la atracaban, a la salida del metro, mientras regresaba a casa.

En pocas horas, había perdido a la única mujer que le había amado durante quince años, quedándose sólo con una criatura de apenas un mes.

Era tan hermosa, con el cabello rubio y lacio hasta media espalda, los ojos negros de espesas pestañas, una boca jugosa que adoraba besar y aquel cuerpo menudo y esbelto de piernas interminables.

Cada noche, después de atender a su hijo y encerrarse en su cuarto a solas, se derrumbaba. A veces, se quedaba dormido, cansado de llorar hasta la madrugada, con un dolor inmenso en el alma de echarla de menos.

Ella había sido su fuerza y su valor; ahora, se sentía perdido y asustado como un niño, enfrentándose a una vida sin ella.

Su pasado tampoco había sido una bendición. Miguel fue abandonado en la puerta de los jesuitas de la calle Maldonado a los pocos días de nacer por una madre drogadicta de la que nunca supo el paradero, siendo criado por los curas hasta los dieciocho años. Su padre, un camionero alcohólico, se había desentendido de él, como descubrió años más tarde, aunque había accedido a regañadientes ante los curas a cederle su apellido.

Ellos le aconsejaron que entrara en la Policía porque siempre tuvo un profundo sentido de la justicia y la lealtad.

Había perdido la noción del tiempo con la nostalgia del recuerdo de los hermosos ojos de su esposa hasta que un golpe sordo en la cristalera del salón le devolvió al presente. Asomándose por la ventana del dormitorio, no vio a nadie en el jardín trasero, pero su instinto le previno de un peligro. Tomó al bebé, lo metió en su neceser y, escondiéndolo en el armario con la puerta entreabierta para que pudiera respirar, se dirigió al salón. Se maldijo por olvidar la pistola en la mesilla de noche. Por suerte, seguían ancladas en la pared sus espadas de esgrima, que debería guardar cuando Jorge diera sus primeros pasos... «Aún faltan seis meses al menos...», suspiró aliviado.

El aire se cortó en sus pulmones al darse la vuelta: tres figuras encapuchadas con túnicas de terciopelo azul se materializaron frente a él. Miguel se puso en guardia, pero la Academia de Poli-